

JÁUREGUI

◆ Las propias carencias que padecen los haitianos hoy les impiden recibir apoyo material.

¿Será cruel Dios?

MANUEL J. JÁUREGUI

Si alguna parte de nuestro hemisferio necesitaba, desde hace años, la ayuda de la mano de Dios era Haití.

El ingreso per capita promedio de esa castigada nación es como de 7 mil pesos al AÑO y la desigualdad social es mayúscula: un poco más del 50 por ciento de los haitianos viven (es un decir) con menos de 15 pesos diarios y casi el 80 por ciento debe subsistir con menos de 30 pesos diarios.

Estos datos son del Banco Mundial e ilustran el nivel de miseria que arrastraba Haití, aun antes de esta nueva catástrofe que la ha destruido.

Decimos nueva, porque recientemente ha habido otras: nada menos en el 2008 esa nación paupérrima de 9 millones de habitantes que comparte territorio insular con la República Dominicana fue AZOTADA por al menos dos huracanes y una tormenta tropical que la dejaron sumamente dañada y su ya precaria economía quedó maltrecha.

Extrema saña de la naturaleza es, por tanto, que esa pobre gente ahora deba sufrir los efectos de la devastación de un terremoto inusitado, cuyos efectos inmediatos y secuelas posteriores representan la condena implacable e inapelable de aún MÁS POBREZA y sufrimiento humano, si acaso tal cosa fuera posible.

Conocemos de primera mano esa nación, su pobreza es impactante y asemeja más a la de los países africanos que a los pobres latinoamericanos. To-

do tipo de CARENCIAS están presentes ahí, por ello escuchamos la exclamación por parte de voces que apreciamos, al atestiguar las escenas horripilantes: "¡Qué cruel es Dios!".

No puede tomarse literal la frase, por supuesto, ni pretendemos tampoco meternos a terrenos religiosos o metafísicos, ni establecer causas como el predicador evangélico Pat Roberts, quien imputó la catástrofe haitiana a un castigo divino debido a "un pacto con el Diablo" que, según él, hicieron ellos para librarse de los franceses en el Siglo 19.

Simplemente empleamos la frase espontánea para refrendar lo que ya ustedes, amigos lectores, saben: la catástrofe haitiana es una de enormísimas proporciones y el sufrimiento que le espera a sus habitantes es inimaginable, pues incluso la AYUDA misma que el mundo SOLIDARIO le ofrece no es inmediatamente aprovechable, en relación a la urgencia, pues no hay medios para que llegue, se distribuya y aplique en forma abundante y generalizada.

Para todo fin práctico, por ejemplo, Haití no cuenta ni siquiera con un aeropuerto capaz de recibir las provisiones de emergencia: es pequeño, dotado de una sola pista y en su plataforma no hay cabida para los aviones ni medios mecanizados de rápida descarga.

Tampoco hay electricidad, no cuenta con hospitales, no hay agua potable,

NI INFRAESTRUCTURA de la cual colgarse para dispensar esta ayuda.

La misma indigencia ancestral que padecen los haitianos hoy se presenta como IMPEDIMENTO para

aprovechar el apoyo material que el mundo entero le envía acongojado.

Carece por completo ese país tan atrasado de las herramientas básicas y necesarias que se requieren para el rescate, la reconstrucción y la restauración de los servicios imprescindibles.

No se sabe a ciencia cierta cuántas personas murieron a causa del terremoto, decenas de miles, quizás cientos, y a éstas se les sumarán muchas más en los días venideros: algunos morirán por falta de atención médica, otros más por enfermedades y no pocos por hambre.

La tragedia es inmensa, el sufrimiento desgarrador, como lo es también la solidaridad del planeta para con estos hermanos que padecen lo indecible.

En suma: este terremoto equivale a una catapulta que lanza, atrás en el tiempo, de vuelta a la edad de piedra a todo un pueblo.

Sobrevivir requerirá, sin exagerar, más que la ayuda de la humanidad, el socorro DIVINO.

